



ANTONIO GARCÍA VERDUCH

## El estado del bienestar

**E**xisten personas densas, ricas en contenido, que han logrado reunir, a lo largo de sus vidas, valiosísimos tesoros de sabiduría y de experiencia. Cada minuto de su existencia ha dejado en ellas una gota de néctar para alimentar su mente y su espíritu, o un soplo de paz, para que se expanda el alma y se relaje el cuerpo.

En sus vidas no han habido minutos inútiles, minutos estériles, minutos vacíos, minutos que pasan y se llevan con ellos una parte de la vida, sin dejar nada a cambio.

Una vida hecha con minutos vacíos es una vida vacía, una vida estúpidamente inútil, una vida que se hincha de aire, y estalla como una pompa de jabón, sin dejar ninguna huella. ¿Quién llorará por el estallido de una pompa de jabón? ¿Quién notará la desaparición de una vida vacía, que es inodora, incolora e insípida, de una vida que pudo ser algo y se perdió sin ser nada? ¿Quién advertirá la existencia de esas vidas indiferentes, que nacieron para esponjarse en su propia vacuidad?

La sociedad no se divide en altos y bajos, flacos y gordos, o negros y blancos, sino en llenos y vacíos.

La sociedad es sociedad porque hay compartición, porque los seres que la componen se trasvasan mutuamente sus propios excedentes. La existencia de la sociedad está basada en la justicia y en el equilibrio de esos trasvases y, en consecuencia, la razón y la fuerza de los individuos para exi-

gir trasvases ajenos hacia ellos, reside en su capacidad para trasvasar lo propio hacia los demás.

Una sociedad eleva su nivel de bienestar cuando aumenta el número de individuos llenos, de individuos que han usado la vida para enriquecer su mente, para cultivar su espíritu y para fortificar su cuerpo. Por el contrario, el bienestar de la sociedad disminuye, y la

los individuos, en sus aspectos intelectual, moral y físico, contribuye a construir el estado del bienestar. Por el contrario, todas aquellas acciones o circunstancias que contribuyan a vaciar a los individuos de la dignidad y de los valores que les corresponden como seres humanos, conducen al hundimiento del estado del bienestar. Debe quedar bien entendido que el bienestar de una sociedad nunca se alcanzará si crece el número de individuos ignorantes, depravados y débiles, que han desatendido el inexcusable deber de llenar sus vidas con un sólido contenido.

Nuestra sociedad debe reflexionar seriamente acerca del concepto de bienestar, y de los límites entre lo necesario y lo superfluo, entre lo propio y lo ajeno, y entre lo deseable y lo posible. Y debe reflexionar también sobre el justo equilibrio y la rigurosa correspondencia entre derechos y deberes.

¿Se considera bienestar disponer de más tiempo para perderlo, lamentablemente, atiborrándose de imágenes y sonidos inútiles o perversos? ¿O es bienestar eximirse de cultivar la mente, regodearse en el abuso de los sentidos, excederse en la agresión a la salud, inhibirse de cultivar el espíritu, o sumergirse en las tranquilas aguas de la holganza?

Y si todo esto es bienestar, ¿qué bienes crean quienes lo disfrutan, para ofrecerlos a los demás ciudadanos, a cambio de lo mucho que reciben de ellos?

*Una vida hecha  
con minutos vacíos  
es una vida vacía,  
una vida  
estúpidamente  
inútil, una vida que  
se hincha de aire, y  
estalla como una  
pompa de jabón, sin  
dejar ninguna  
huella*

convivencia se deteriora, cuando aumenta el número de individuos vacíos, que tienen muy poco que ofrecer a los demás, porque han atrofiado su mente, han corrompido su espíritu y han dilapidado su salud.

Esta es una verdad sencilla, sencillísima, que no se quiere reconocer, aunque se diga con palabras muy claras, como deseo que sean éstas.

Todo aquello que incentive, facilite y estimule el enriquecimiento interior de

**C**ada uno es bien libre para forjar-se el modelo de bienestar que le plazca, y para ponerlo en práctica en su vida privada. Ahora bien, debe quedar bien claro que el nivel de bienestar que alcance la sociedad, en su conjunto, será, exactamente, el que resulte de las interacciones entre los comportamientos de todos los ciudadanos, incluyendo a los zánganos, a los desaprensivos y a los frívolos.

Yo, por mi parte, seguiré dando valor a mi tiempo y a mis pobres fuerzas, y me agacharé cuantas veces sea necesario para recoger, uno a uno, los minu-

tos que se desgranán en silencio, para evitar que se pierdan.

Los minutos que desaparecen, estúpidamente, nada más nacer, sin haber fructificado, son vida derramada, vida que fluye sin ser vivida, son tesoro que se corroe y se destruye en la penumbra, sin haber resplandecido.

Yo seguiré siendo celoso en la custodia de mi tiempo, para que no me lo arrebatase esa vorágine de ruidos, imágenes y estridencias, que dislocan los sentidos, paralizan el espíritu, y después desaparecen, dejando mis manos vacías.

